

# La Orden dominicana



Desde su fundación en 1216 constituye una parte importante de miembros de la Iglesia dedicados a perfeccionar su vida y ayudar a los demás, por medio de la predicación, a conseguir el mismo fin. Se halla constituida por tres ramas. En el ambiente cataliniano las tenemos representadas por el convento de Santo Domingo, a unos trescientos metros de su casa natal, y por la Tercera Orden, en la que Catalina ingresó siendo muy joven. Estaba incardinada en este citado convento dominicano. En su iglesia y locales tenían sus reuniones. Hasta tenía la Orden Tercera un hospitalito o albergue, al que se alude en las cartas. La segunda Orden, la primera por la cronología de la fundación, tenía para la Santa su mejor exponente en el convento de monjas dominicas de Santa Inés, en Montepulciano, donde ella pasaba temporadas. En aquella comunidad tenía dos sobrinas.

Como terciaria dominica estaba obligada a determinados actos y reuniones con los demás miembros de la Tercera Orden, masculinos y femeninos, y a realizar actos de caridad y atención a los pobres y enfermos.

Asistía en Santo Domingo no sólo a la misa sino a muchos otros actos litúrgicos y a la oración privada. Ordinariamente iba acompañada de otras hermanas y hermanos devotos. Eso se deduce de la lectura de la biografía de Catalina escrita por Fray Raimundo de Capua y de sus cartas y soliloquios.

Su correspondencia epistolar nos enseña que tuvo también relación con muchos conventos y monasterios de otras Ordenes de varones y de mujeres.

Los dominicos eran su familia religiosa desde la niñez. En su casa veía con frecuencia hábitos blancos, sobre todo, a su pariente Fray Tomás della Fonte. No imaginemos, sin embargo, que ella encontró en los hermanos de su Orden apoyo en todo. Más bien podríamos asegurar que la mayor parte de ellos la miraban con indiferencia, como a una terciaria más, y que muchos de ellos estaban en desacuerdo con lo que en ella veían, o de ella se contaba entre las demás terciarias, y hasta por buena parte de la ciudad.

Sus mismos confesores Fray Tomás y Fray Raimundo de Capua se vieron también afectados profundamente por una división procedente del modo distinto de llevar la dirección espiritual de Catalina. En Siena, y sobre todo, los discípulos de Catalina, la conocían y comentaban, siendo motivo de escándalo.

Ninguna de estas incidencias significó para ella motivo de desvío. En el tratado "de la obediencia", en que estudia la vida religiosa, habla de diversas Ordenes, deteniéndose más en la de San Francisco y mucho más aún en la de Santo Domingo, señalando además del santo fundador a santo Tomás y a San Pedro de Verona, mártir, como glorias y modelos.

Por desgracia, en su tiempo, la Orden había caído en una gran relajación, que venía ya de fines del siglo XIII y se agudizó con la peste negra de 1348. De la relajación de los religiosos en general, aludiendo especialmente a los dominicos, dice así: "Pero los miserables, los relajados, no obser-

van la obediencia sino que son sus transgresores, han dejado convertirse a la Orden en jardín salvaje, la han ampliado poco con el perfume de la virtud y la luz de la ciencia de que se nutrían a los pe-



chos de la Orden. No digo “por culpa de la Orden”, que en sí tiene toda la delicia. Pero al principio no era así; cuando se hallaba en flor, había hombres de gran perfección. Se parecían a san Pablo; con tal claridad en su entendimiento, que no se les ponían delante errores que no disipasen”

En el epistolario cataliniano hay 41 cartas dirigidas a dominicos, pero están dirigidas a seis, pues la séptima es la carta de congratulación por el ingreso en la Orden de un sacerdote en Pisa. Esto no quiere decir que no tuviera relación con más o que no haya escrito a más. Así, podemos, a continuación leer la que envía a los novicios de Santa María de Monte Oliveto:

“Queridísimos hijos míos en Cristo, dulce Jesús. Yo, Catalina, servidora y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre, deseando veros como hijos obedientes hasta la muerte, aprendiendo del Cordero inmaculado que fue obediente al Padre incluso hasta la ignominiosa muerte de cruz.

Pensad que Él es el camino y norma que vosotros, como todas las criaturas, debéis seguir. Quiero que lo pongáis como modelo a imitar ante los ojos de vuestro espíritu. ¡Mirad hasta que extremo llegó la obediencia del Verbo! No esquivó la fatiga que debió soportar por el gran peso con que el Padre lo cargó, sino que corre con grandísimo deseo. Esto lo manifestó en la cena del jueves santo cuando dijo: *He deseado enormemente comer esta comida pascual con vosotros antes de padecer.* (Lc 22, 14). Es decir, quería celebrar la pascua, cumplir por tanto la voluntad del Padre y obedecerle, y porque veía ya casi cumplido su tiempo, pues ya veía su final cuando debía ofrecer por nosotros su cuerpo al Padre, goza y exulta por ello y con alegría dice: *He deseado enormemente.*

Esta es la pascua a la que ser refería: darse a sí mismo en alimento y por obediencia al Padre hacer el sacrificio de su propio cuerpo. Había ya frecuentemente celebrado otras pascuas comiendo con sus discípulos, pero nunca ésta de ahora. ¡Oh inestimable, dulcísimo, ardentísimo amor! Pues no pensáis en tus penas ni en tu ignominiosa muerte. Ve el Verbo que el Padre lo ha enviado y le ha dado por esposa la humanidad; ve que por obediencia le mandó que nos dé su sangre para que mediante ella se cumpla su voluntad con nosotros y para que así seamos santificados por la eficacia de su sangre.

Por esto os ruego, dulces hijos míos en Cristo, dulce Jesús, que nunca tengáis miedo, sino que pongáis vuestra confianza en la sangre de Cristo crucificado. Nunca os separéis de él ni por tentaciones ni por ilusiones; no os separéis de él tampoco por temor a no poder perseverar, ni por miedo a sufrimientos que podáis imaginar que os sobrevendrán por la obediencia en vuestra Orden; por nada de lo que pueda suceder deberéis temer.

Así, pues, quiero que nunca tengáis temor; apartad de vosotros todo temor servil y decid como decía el dulce y enamorado Pablo: “Aguanta hoy alma mía. En Cristo crucificado lo podré todo, ya que por el deseo y por el amor está en mí quien me conforta” (Cf. Flp 4, 13) ¡Tened amor! ¡Amad, amad!.

Los que viven en el mundo navegan por este mar ayudados solamente de la fuerza de sus propios brazos, pero los que viven en una santa religión navegan ayudados por los brazos de los otros, es decir, los de su Orden.

¡Tened confianza! Encontraréis esta fuente de amor en el costado de Cristo crucificado y quiero que allí busquéis sitio para vosotros y allí dispongáis vuestra morada. Poneos, por tanto, en pie llenos de ardiente deseo, caminad y entrad y quedaos en esa dulce morada. No

existe demonio ni criatura alguna que os pueda arrebatat la gracia, ni que os pueda impedir alcanzar vuestra meta: el ver y gustar de Dios. No os digo más. Permaneced en el santo y dulce amor de Dios. Amaos, amaos unos a otros”.

El círculo espiritual de dominicos alrededor de Catalina era muy reducido, pero no podemos menos de confesar que, a través de él, influyó en la Orden, sobre todo por su relación con Fray Raimundo de Capua, prior en la Minerva, en Roma, provincial después en Lombardía y después General de la Orden de la fracción urbanista, elegido poco después de haber muerto ella. De entre sus discípulos destacan también Fray Bartolomé Dominici, profesor de Sagrada Escritura en Florencia y Fray Tomás de Antonio Caffarini que promovió después su culto y el proceso de canonización.



En las cartas se hace alusión a sus relaciones con la Orden en muy contadas ocasiones: cuando encomienda a su madre al cuidado del prior dominicano de Siena, la intervención con el obispo de Pisa que no reconocía el privilegio del convento de dominicos para tiempo de entredicho, y cuatro cartas sobre asuntos internos de la Orden.

Tres cartas tienen el mismo tema: nombramiento de un vicario para la Orden. Con esa finalidad escribió a Gregorio XI a principios de 1376 estas palabras: “He oído que al Maestro de la Orden lo queréis promover a otro cargo. Por el amor a Cristo crucificado os pido que, si es así, procuréis darnos un vicario bueno y virtuoso, porque la Orden tiene necesidad de ello por hallarse demasiado relajada. Podéis informaros de micer Nicolás de Osimo y del arzobispo de Otranto”. Efectivamente, ella deseaba extender su ideal de reforma a la Orden dominicana. Cuando decía al Papa que se informara de los dos anteriormente citados es que, probablemente ya, en un correo anterior, acababan de salir cartas para ambos con el mismo texto.

Al arzobispo de Otranto le decía: “He oído que al Maestro General de la Orden lo quiere promover el Papa. Por amor a Cristo crucificado os ruego que pongáis interés por la Orden y roguéis a Cristo en la tierra que nos dé un buen vicario. Quisiera que le informaseis sobre el Maestro Esteban della Cumba, que fue procurador de la Orden en Aviñón de la provincia de Tolosa. Creo que si el Papa nos lo diera, serviría para honra de Dios y la reforma de la Orden, pues me parece hombre decidido y sin temor humano. Ahora tenemos necesidad de médico que no sea tímido, porque hasta el presente se ha usado tanto unguento que los miembros de la Orden se hallan casi podridos. Sobre esto he escrito al Santo Padre. No le he dicho a quién nos debe dar, pero le he pedido que sea bueno y que sobre ello se informe de vos y monseñor Nicolás de Osimo. Si vierais que por esto, o por otra razón, fuera de utilidad o necesidad que vaya allí Fray Raimundo, escribidlo, porque inmediatamente cumplirá lo que mandéis”.



La carta a Nicolás de Osimo, protonotario del Papa, es gemela a ésta. Había en la Orden dos tendencias bien claras. El P. Esteban della Cumba se destacaba entre los reformadores o rigoristas. El P. General, más por la política monástica, era excesivamente condescendiente. La efectiva reforma se retrasó notablemente a causa del cisma. Cuando fue elegido Fray Raimundo de Capua como General por la facción urbanista, promovió cuanto pudo la observancia que aflora en las cartas de Catalina, pero el éxito fue relativamente escaso.

No parece sino que nos encontramos ante una maniobra política conjunta de Raimundo y Catalina, que no debían hallarse de acuerdo con el General y pensaban que otro, sobre todo el señalado, haría más por la observancia. La presteza de ir a tratar el asunto Fray Raimundo, si para ello era de necesidad, parece que nos lo confirma. Cuando el Papa recibiera la carta de Catalina, sino había pensado promover al tolosano a algún cargo, siguiendo el antiguo principio práctico del *promoveatur ut amoveatur* se encontraba con que se lo sugerían. Eso lo había hecho su antecesor Urbano V con el General Fray Simón de Langrés, nombrándole obispo de Nantes en 1366, acaso porque tenía descuidada la Orden por negocios que nada tenían que ver con ella. No hubo entonces elección que pedía la legislación y el espíritu dominicano, sino la injerencia del Papa nombrado precisamente a este que ahora parece que pensaban sustituir: Fray Elias Raymond de Toulouse. También se salían, en su petición, del espíritu dominicano, pues pedían no elección sino nombramiento por el Papa. ¿Será muy aventurada esta suposición? Reconozcamos que también los sanos llevan su política y sus estratagemas.



Nuevamente aparece la preocupación por la Orden en cuanto a la reforma y a la excisión que se estaba ya comenzado en la misma. Una parte seguía a Urbano VI y otra al antipapa Clemente VII. Éste era un fenómeno que se estaba produciendo en todas las órdenes, como se estaba consolidando en la cristiandad. Por lo general, las Órdenes obedecieron a la facción religioso – política que imperaba en el país. El texto es el siguiente: “Pedís que encomiende a nuestra Orden y yo os lo pido a vos, porque, oyendo cómo andan las cosas, se me estalla el corazón en el cuerpo. Nuestra provincia se muestra, en general, obediente al Papa Urbano VI y al vicario de la Orden, el cual os digo que de veras se porta muy bien y con prudente parecer, según los tiempos que hoy corren, contra los que malvadamente contradicción la verdad (legitimidad de Urbano VI). Nuestro Santísimo Padre le ha encomendado y dado plena autoridad para que destituya a todos los provinciales rebeldes a la verdad. No es tiempo de dormir, sino de rogar con solicitud al dulce Español, el fundador santo Domingo, que estuvo siempre para exaltación de la fe y ahora se ha convertido en contaminadora. Me lamento hasta la muerte. Ya no puedo sino terminar mi vida en llanto y grandísima aflicción. Catalina escribía

esto desde Roma y conocía cómo día a día los curiales de la Orden, y con ellos el General, abandonaban a Urbano VI y se ponían del lado del antipapa.



La pobre Catalina, tan amante de su Orden y de su Iglesia, preveía y vía la división de la Orden, pero tenía aun la esperanza en el General. Pero éste se puso de parte de Clemente VII en 1379, debiendo nombrar el Papa un vicario general para la parte de la Orden que le siguió fiel, en la persona del Fray Tomás de Bosso, provincial de Lombardia. Catalina murió con el corazón destrozado. Su Orden, y la Iglesia entera, estaban en cisma, división que duraría casi 50 años. En 1380 se reunió en Bolina el capítulo general de la parte urbanista y eligió a Raimundo de Capua como General. Por el mismo tiempo, se celebraba otro capítulo general en Lausanne, donde los seguidores del antipapa condenaban a los con-

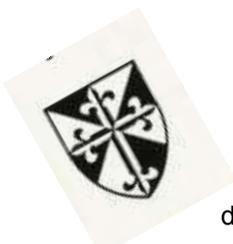
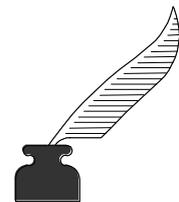
gregados en Bolonia.



## Ofrecimiento de su vida por la Iglesia

Catalina siguió a disposición del Papa en todo momento. Todo el año 1377 lo pasó entre sus ocupaciones en Belcaro, Siena y Val d'Orcia. Hacia finales del año, Raimundo había convencido al Papa de lo conveniente que sería la presencia de la santa en Florencia para establecer la paz con el Pontífice. A ella le comunicó que era deseo del Papa que fuera a aquella ciudad y allí se dirigió después de algún retraso que molestó a Gregorio XI. Ella se excusa en carta a Fray Raimundo, diciéndole que pida perdón al Papa por no haberle obedecido prontamente. En Florencia estuvo desde fines de enero, poco más o menos, hasta que, acordada la paz en julio de 1378, regresó a Siena. El 22 de junio tuvo lugar el tumulto organizado por los que querían impedir la paz. En él se buscó a Catalina y estuvo a punto de morir asesinada por la causa de la Iglesia.

El ofrecimiento de su vida por la Iglesia es una idea que repite en sus cartas. Numerosas son las que nos hablan de sus oraciones, sudores y lagrimas por ella. Se siente llamada a una entrega total al servicio de la Iglesia como lo manifiesta en una comunicación del Señor que ella narra así: "Vino después a mí la presencia del humilde Cordero diciendo: No dudes, cumpliré tus deseos y los de los otros servidores míos. Quiero que veas que soy maestro bueno que, como alfarero, deshace y rehace las vasijas según le parece. Por eso Yo tomo el vaso de tu cuerpo y lo rehago en el jardín de la santa Iglesia de modo distinto al del tiempo pasado". Y abrazándome la Verdad, con modos y palabras atrayentes que omito, el cuerpo comenzó a respirar un poco y manifestar que el alma había vuelto a su receptáculo". Sigue narrando sus favores celestiales y corporales y añade: "De esta y de otras muchas maneras, que no puedo narrar, se consume y agota mi vida en esta dulce esposa, la Iglesia: y o de esta manera, y lo gloriosos mártires con su sangre..." Esta carta, del 15 de febrero de 1380, a Raimundo de Capua fue la última que dictó.



## Admirable embajadora

La antigua Sinagoga, al ver la ascensión de la Iglesia y el vuelo de un alma desposada a Cristo Señor, pregunta estupefacta: "¿Quién es ésta, que sube del desierto colmada de delicias, apoyada sobre su dialecto?" Esta pregunta que nosotros aplicamos a la última parte de la historia de la vida de Catalina, demostrará claramente que el fruto y el fin mencionados en los votos expresados en las anteriores partes de esta historia, han sido perfectamente alcanzados en esta parte.

Según el profeta, una cosa es buena si es bueno su fin. El Señor, además, nos enseña a juzgar los buenos frutos por el árbol bueno. El último de los frutos tiene la primacía, porque lo que es último en el efecto, es primero en la intención del agente, siendo el fin el que mueve al agente mismo a actuar. Con todo esto, la persona inteligente comprende que esta parte, que contiene el bienaventu-

rado fin y el último buen fruto de nuestra santa virgen Catalina, confirma y embellece las primeras partes.

No hay duda de que con las palabras citadas se muestra la belleza de todas las virtudes de Catalina y su excelencia extraordinaria, cuando, con maravilla, nos pregunta: “¿Quién es ésta?” Se da también a conocer que, por el vigor de su espíritu, era en el vuelo más ligera que las aves, mientras que se añade: “que sube del desierto colmada de delicias”.

Estando cerca de ella experimenté que, apenas se encontraba libre de las ocupaciones necesarias a las almas, inmediatamente, casi diría que siguiendo un curso natural, su mente era arrebatada a las cosas celestiales; lo cual demostraba con qué velocidad su alma volaba continuamente cada vez más arriba. No hay que maravillarse de ello, porque aquel movimiento lo causaba el fuego que siempre se mueve hacia las cosas superiores; quiero decir aquel fuego que el Salvador divino vino a poner en la tierra y quiso que ardiese con fuerza. Esto ha aparecido más claro que la luz cuando, he contado que el corazón de Catalina se partió de arriba abajo por la vehemencia del divino amor y su alma fue separada del cuerpo; lo cual no recuerdo haber leído que nunca sucediese a otros.

En esta parte, se puede ver claramente como Catalina, a punto de llegar al término de esta su vida, convertida en semejante a su Esposo por los sufrimientos, unida a Él y apoyada sobre Él, habiendo vencido a este siglo malvado, del todo contenta y gloriosa subió al cielo.

Si bien a los ojos de los necios puede parecer que ella murió, tampoco el hombre de mundo llegaría a comprender ahora su gloria; de todos modos, mientras descansa en paz con el Esposo que amó de todo corazón, Catalina muestra con signos y milagros, la gloria con que fue acogida en el cielo.

Mi buen lector, debo decirte que cuando el Papa Gregorio, de feliz memoria, mandó a esa santa virgen a la ciudad de Florencia, que se había rebelado contra la Iglesia, en consecuencia de lo cual había caído sobre ella el interdicto, para tratar la paz entre el Pastor y las ovejas, hubo de sufrir muchas persecuciones. Se llegó al punto de que un esbirro del diablo se arrojó contra ella, furioso y con la espada desenvainada; ciertamente la hubiera matado si el Señor no lo hubiese retenido. A pesar de ello, Catalina no quiso alejarse de allí hasta que, muerto Gregorio, su sucesor Urbano VI hizo las paces con los florentinos.

Sólo cuando fueron hechos públicos los pactos de paz volvió Catalina a su casa y atendió con toda diligencia a la compilación del *Libro*, que dictó en lengua vulgar bajo la inspiración del Espíritu Santo. Había rogado a los amanuenses que solían poner por escrito las cartas que mandaba a diversos lugares, que estuvieran atentos y no dejaran escapar nada cuando, según costumbre, era arrebatada en éxtasis, y que escribieran atentamente lo que ella dictase. Ellos obedecieron fielmente, y resultó un libro rebotante de profundos y saludables pensamientos revelados por el Señor, y que ella dictó en lengua vulgar. Lo extraordinario es que la virgen dictaba sólo cuando, por la fuerza del arrebató, sus sentidos parecían como muertos.

Mientras estaba en éxtasis, sus ojos no veían, sus oídos no oían, su nariz no sentía los olores ni el paladar los sabores, y su tacto no percibía los objetos. Sin embargo, aun en este estado, pudo dictar el libro para dar a entender que fue compuesto no por ninguna virtud natural, sino por la virtud



9-03030-7



del Espíritu Santo que actuaba en ella. Creo que esta deberá ser la opinión de cualquiera que lea el libro con atención y considere seriamente las cosas que se manifiestan en él.

## CATALINA DE SIENA DOCTORA DE LA IGLESIA UNIVERSAL



Ofrecemos aquí, el texto íntegro de la homilía pronunciada por el Papa Pablo VI en la basílica de San Pedro el domingo 4 de octubre de 1970 en el acto de la proclamación de Santa Catalina de Siena como Doctora de la Iglesia Universal (Texto de L'Observatore Romano del 11 de octubre de 1970):

La alegría espiritual que ha inundado nuestra alma al proclamar doctora de la Iglesia a la humilde y sabia virgen dominica Catalina de Siena, encuentra su explicación más profunda, y hasta podíamos decir sus justificación, en la alegría purísima experimentada por el Señor Jesús cuando, como nos narra el evangelista San Lucas, *“se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños. Sí, Padre, porque tal ha sido tu beneplácito”* (Lc 10, 21; cfr. Mt 11, 25 – 26)

### **El Señor elige a los humildes y sencillos.**

En realidad, cuando daba gracias al Padre por haber revelado los secretos de su divina sabiduría a los humildes, Jesús no tenía presentes en su espíritu solamente a los doce, que Él mismo había elegido de entre el pueblo inculto, y que habría de mandar un día, en calidad de apóstoles suyos, a instruir a todas las gentes y a enseñarles todo lo que les había encomendado (cfr. Mt 28, 19 – 20), sino que tenía también presentes a todos los que habían de creer en Él, muchos de los cuales se contarían entre los menos dotados a los ojos del mundo.

El Apóstol de las Gentes se complacía en observar precisamente este hecho cuando escribía a la comunidad griega de Corinto, ciudad en la que pululaba gente inflada de humana sabiduría:

*“Y si no, mirad, hermanos, vuestra vocación; pues no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Antes eligió Dios la necesidad del mundo para confundir a los sabios y eligió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; y lo plebeyo, el desecho del mundo, lo que es nada, lo eligió Dios para destruir lo que es, para que nadie pueda gloriarse ante Dios”* (1 Cor 1, 26 – 29)

Este elección de Dios, que prefiere lo que es irrelevante e incluso despreciable a los ojos del mundo, había sido ya preanunciada por el Maestro cuando, en clara antítesis con las valoraciones terrenas, había llamado bienaventurados y predestinados a su reino a los pobres, a los que sufren, a los mansos, a los que padecen hambre y sed de justicia, a los puros de corazón, a los constructores de la paz (cfr. Mt 5, 3 – 10).

### **Testimonio de las bienaventuranzas evangélicas**

Queremos poner inmediatamente de relieve cómo en la vida y en la actividad externa de Catalina las bienaventuranzas evangélicas han tenido un modelo de extraordinaria verdad y belleza. Por otra parte, todos vosotros sabéis hasta que punto estuvo su espíritu libre de toda codicia terrena;

cómo amó la virginidad consagrada al Esposo celeste, Cristo Jesús; cómo sintió el hambre de justicia y qué entrañas de misericordia demostró al tratar de restablecer la paz en las familias y en las ciudades, desgarradas por la rivalidad y por odios atroces; cómo se prodigó para reconciliar la República de Florencia con el Sumo Pontífice Gregorio XI, hasta el punto de exponer la vida a la venganza de los rebeldes. Tampoco nos detendremos a admirar las excepcionales gracias místicas con que quiso regalarla el Señor, entre las que se cuentan el místico matrimonio y los sagrados estigmas.

### **Los carismas de Santa Catalina**

¿Qué diremos, por tanto, de la eminencia de la doctrina de Santa Catalina? Nosotros ciertamente no encontramos en los escritos de la Santa, es decir, en sus Cartas, conservadas en gran número; en el Diálogo de la Divina Providencia o Libro de la Divina Doctrina y en sus Oraciones el valor apologético y la audacia teológica que caracterizan las obras de las grandes lumbreras de la Iglesia antigua, tanto en Oriente como en Occidente; ni podemos pretender de la virgen de Fontabranda, que no poseía cultura especial, las altas especulaciones propias de la Teología sistemática que han inmortalizado a los doctores del medioevo escolástico. Y es cierto que en sus escritos se refleja de una manera sorprendente la teología del Doctor Angélico, en cambio, se nos presenta carente de toda referencia de toda referencia científica. Pero lo que más sorprende en la Santa es la sabiduría infusa, es decir, la luminosa y profunda y extraña asimilación de las verdades divinas y de los misterios de la fe contenidos en los Libros Sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento. Es la asimilación que se ve ciertamente favorecida por dotes naturales del todo singulares, pero que es evidentemente prodigiosa, causada por el carisma de sabiduría del Espíritu Santo, un carisma místico.



Santa Catalina de Siena ofrece en sus escritos uno de los más luminosos modelos de los carismas de *consejo, de palabra, de sabiduría y de palabra de ciencia*, que San Pablo testimonia que actuaron en algunos fieles de las comunidades cristianas muy primitivas y cuyo uso se esforzó por disciplinar convenientemente, advirtiendo que tales dones no son tanto para provecho de los que los poseen, sino más bien para provecho de todo el Cuerpo de la Iglesia. En efecto, explica el Apóstol, *“todas las cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere”* (1 Cor 12, 11), de forma que sobre todos los miembros del místico organismo de Cristo debe redundar el beneficio de los tesoros espirituales que su Espíritu distribuye (cfr. 1 Cor 11, 5; Rom 12, 8; 1 Tim 6, 2; Tit 2, 15).

“Su doctrina no fue adquirida; hay que considerarla como maestra antes que como discípula”, así declaró el mismo Pío II en la bula de canonización. Y, ciertamente, ¡cuántos rayos de sabiduría sobrehumana, cuántas urgentes llamadas a la imitación de Cristo en todos los misterios de su vida y de su Pasión, cuántos eficaces consejos para el ejercicio de las virtudes propias para los diversos estados de vida se encuentran esparcidos en las obras de la Santa!. Sus Cartas son otras tantas chispas de un fuego misterioso, encendido en su corazón ardiente por el Amor infinito que es el Espíritu Santo.

¿Cuáles son las líneas características y los temas dominantes de su magisterio ascético y místico? Nos parece que, a imitación del glorioso Pablo, del que toma incluso el estilo robusto e impe-

tuoso, Catalina es la mística del Verbo Encarnado y, sobre todo, de Cristo crucificado. Catalina de Siena fue la pregonera de la virtud redentora de la sangre adorable del Hijo de Dios, derramada sobre el leño de la cruz con amor desbordante para la salvación de todas las generaciones humanas. La Santa veía fluir continuamente esta sangre del Salvador en el sacrificio de la Misa y en los Sacramen-



tos, por medio de la acción ministerial de los ministros sagrados, para purificación y embellecimiento de todo el Cuerpo Místico de Cristo. Por lo cual podemos llamar a Catalina la mística del Cuerpo Místico de Cristo, es decir, de la Iglesia.

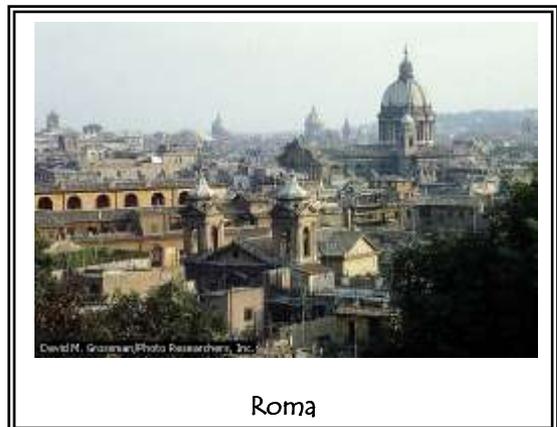
Por otra parte, la Iglesia es para ella una auténtica madre, a la que uno debe someterse, reverenciar y prestar asistencia. “La Iglesia no es otra cosa que el mismo Cristo”, se atreve a decir la Santa. ¡Qué respeto y apasionado amor nutrió santa Catalina hacia el Romano Pontífice!. Nosotros, personalmente, el más pequeño siervo de los siervos de Dios, nos sentimos hoy muy agradecidos a Santa Catalina, no precisamente por el honor que pueda redundar en nuestra humilde persona, sino por la mística apología que ella hizo de la misión apostólica del sucesor de Pedro.

### **El amor al Papa y a la Iglesia**

Todo lo saben. Ella contemplaba en el Papa al “dulce Cristo en la tierra”, a quien se debe afecto filial y obediencia, porque “quien se muestre desobediente a Cristo, que está en el cielo, no participa del fruto de la sangre del Hijo de Dios”.

Y, como anticipándose no sólo a la doctrina, sino incluso al lenguaje del Concilio Vaticano II, la santa escribe al Papa Urbano VI: “Santísimo Padre: Tened presente la gran urgencia, que os corresponde a vos y a la santa Iglesia, de conservar este pueblo (Floencia) en la obediencia y en la reverencia a Vuestra Santidad, dado que sois para nosotros el jefe y el principio de nuestra fe”. Se dirige, además, a cardenales y a muchos obispos y sacerdotes con insistentes exhortaciones, y no escatima fuertes reproches, haciéndolo siempre con perfecta humildad y con el respeto debido a su dignidad de ministros de la sangre de Cristo.

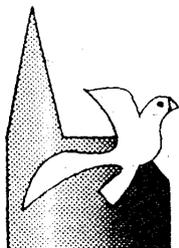
Tampoco olvida Catalina que era hija de una Orden religiosa de las más gloriosas y activas de la Iglesia. Así, pues, ella nutre una estima singular por las que llama las “santas religiones”, a las cuales considera como vínculos de unión en el cuerpo místico, constituido por los representantes de Cristo (según una concepción suya propia) y el cuerpo universal de la religión cristiana, es decir, los simples fieles. Exige de los religiosos fidelidad a su excelsa vocación por medio del ejercicio generoso de las virtudes y de la observancia de las reglas respectivas. Tampoco olvida, en su maternal solicitud, a los laicos, a quienes dirige encendidas y numerosas cartas, pidiéndoles prontitud en la práctica de las virtudes cristianas y de los deberes del propio estado y una ardiente caridad para con Dios y para con el prójimo, porque también ellos son miembros vivos del Cuerpo místico; ahora bien, dice la santa “La Iglesia está fundada en el amor y ella misma es amor”.



Roma

### **Espíritu renovador y servicio al bien común**

¿Cómo no recordar, además, la actividad desarrollada por la santa a favor de la reforma de la Iglesia? Dirige sus exhortaciones principalmente a los sagrados pastores, indignada con santo enojo por la pereza de no pocos de ellos, preocupada por su silencio, mientras que la grey a ellos confiada andaba dispersa y sin dirección. “Ay de mí no puedo callar. Gritemos con cien mil lenguas, escribe a un alto prelado. Creo que, por callar, el mundo está corrompido, la esposa de Cristo ha empaldecido, ha perdido el color, porque le están chupando la propia sangre, es decir, la sangre de Cristo”.



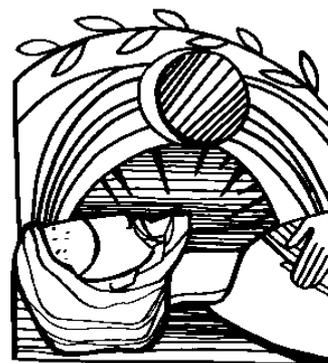
¿Qué entendía ella por renovación y reforma de la Iglesia? No ciertamente la subversión de las estructuras esenciales, la rebelión contra los pastores, la vía libre a los carismas personales, las arbitrarias innovaciones del culto de y de la disciplina, como algunos querrían en nuestros días. Por el contrario, Catalina afirma repetidamente que le será devuelta la belleza a la esposa de Cristo y se deberá hacer la reforma “no con guerra, sino con paz y tranquilidad, con humildes y continuas oraciones, sudores y lágrimas de los siervos de Dios”. Se trata, por tanto, para ella, de una reforma ante todo interior y después externa, pero siempre en la comunión y en la obediencia filial a los legítimos representantes de Cristo.

¿Fue también política nuestra devotísima virgen? Ciertamente lo fue, y de una manera excepcional, pero en el sentido espiritual de la palabra. Santa Catalina rechaza indignada la acusación el politizante que le lanzan algunos de sus contemporáneos, escribiendo a uno de ellos: “...Mis paisanos creen que, gracias a mí y a las personas que me rodean, se hacen tratados; dicen la verdad, pero no saben de qué se trata y, sin embargo, aciertan en sus juicios, porque no pretendo otra cosa ni quiero que los que me rodean se ocupen si no es de vencer al demonio y arrebatarle el señorío que ha adquirido sobre el hombre por medio del pecado mortal, en extraer el odio del corazón del hombre y en pacificarlo con Cristo crucificado y con su prójimo”.

Por tanto, la lección de esta mujer política *sui generis* conserva todavía su significado y valor, aunque hoy se siente la necesidad de hacer la debida distinción entre las cosas del Cesar y las de Dios, entre la Iglesia y el Estado. El magisterio político de la Santa encuentra la más genuina y perfecta expresión en esta sentencia lapidaria debida a su pluma: “Ningún Estado puede observar la ley civil y la ley divina en estado de gracia si no observa la santa justicia”.

### **Entrega total a Cristo.**

No contenta con haber desarrollado un intenso y enorme magisterio de verdad y bondad con su palabra y sus escritos, Catalina quiso sellarlos con la ofrenda final de su vida al Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, en la edad todavía joven de treinta y tres años. Desde su lecho de muerte, rodeada de sus fieles discípulos en una celda junto a la Iglesia de Santa María sopra Minerva, en Roma, dirigió al Señor esta conmovedora oración, verdadero testamento de fe y de agradecido y ardiente amor: “Dios eterno, recibe el sacrificio de mi vida a favor del Cuerpo místico de la santa Iglesia. No tengo otra cosa que darte si no es lo que tú me has dado a mí. Toma mi corazón y estrújalo sobre la faz de esta santa esposa”



El mensaje que nos transmite es, por tanto, de una fe purísima, de un amor ardiente, de una entrega humilde y generosa a la Iglesia Católica. Cuerpo Místico y Esposa del divino Redentor. Este es el mensaje específico de la nueva Doctora de la Iglesia, Catalina de Siena, para que sea luz y ejemplo de cuantos se glorían de pertenecer a ella. Acojámoslo con ánimo agradecido y generoso, para que sea luz de nuestra vida terrena y prenda segura de la definitiva pertenencia a la Iglesia triunfante en el cielo.

*Catalina fue canonizada por el papa Pío II en 1461, nombrada Doctora de la Iglesia en 1970 por Pablo VI, y proclamada copatrona de Europa (junto con santa Brígida de Suecia y santa Teresa Benedicta de la Cruz) en 1999 por Juan Pablo II. Su festividad se celebra el día 29 de abril.*

